

DOCUMENTO No. 2

Leopoldo Avila

Las Respuestas de Caín

Verde Olivo, Año VI, No. 44

Nov. 3, 1968, pp. 17-18

Bajo el pseudónimo de Leopoldo Avila, fueron publicados en cinco números consecutivos de *Verde Olivo*, la revista de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, los artículos que reproducimos a continuación. El primero, "Las Respuestas de Caín", se refiere a las respuestas de Cabrera Infante a la entrevista de *Primera Plana*. El segundo, "Las provocaciones de Padilla", es la primera relación detallada de los "cargos" contra Padilla. El tercero, "Antón se va a la guerra", se dedica a Antón Arrufat, quien con Padilla, recibió en 1968, uno de los premios contestados de la UNEAC. El cuarto, "Sobre algunas corrientes de la crítica y la literatura en Cuba" fué el único de la serie en recibir amplia difusión nacional e internacional. El quinto, "El pueblo es el forjador, defensor y sostén de la cultura" plantea en forma general la cuestión del colonialismo cultural.

"Leopoldo Avila" es probablemente el pseudónimo utilizado en esta ocasión por José A. Portuondo, conocido crítico literario marxista cubano.

Cuando Guillermo Cabrera Infante adoptó el seudónimo de Caín para firmar sus pedantes y superficiales críticas de cine, hacía algo más que un juego de letras con las primeras de sus apellidos: se buscaba un nombre que era una declaración de sus principios.

En 1959, por esa facultad trepadora ya ejercitada en *Carteles*, se hizo director del primer suplemento literario aparecido con posterioridad al triunfo de la Revolución, su famoso "Lunes". Era lógico que muchos intelectuales, deseosos de incorporarse al quehacer revolucionario se acercaran a las páginas de esa publicación y era igualmente esperable que ésta despertara interés en el pueblo, ya que el suplemento iba de contrabando en el principal periódico de la Revolución en aquel momento. Sin embargo, pronto se vio y cada semana más claramente, que a *Lunes* no le quedaba de la Revolución más que las "R" que Cabrera colocaba en cada página, significativamente al revés. Lejos de ayudar al desarrollo de la cultura y el arte en nuestro pueblo, Cabrera se las arregló para crear una capilla de devotos a su persona, rodeados de una cortina de intrigas, ligerezas y maledicencias, que se identificaban entre

si, más que por sus supuestas virtudes literarias, por su conocida extravagancia. Cabrera hacía el magazine para él, no para el pueblo. Aunque en algunos números se publicaron artículos o poemas de gente no adscripta a la piña, en la generalidad de los casos ésta predominaba y aun dentro de ésta, el grado de incondicionalidad hacia el antiguo crítico de películas era determinante. Cabrera, en razón del semanario que dominaba, le hizo daño a la Revolución, engañándola, tratando de meter en nuestra cultura, primero que nadie —hay que reconocerlo— el liberalismo, la tontería, la superficialidad y el individualismo. Furiosamente sectario con su grupo, rechazaba con igual fuerza a un escritor de militancia antimperialista que a un poeta católico de "Orígenes". Aunque "Lunes" a veces reviviera, en virtud del aliento vitalizador que alguien, a pesar y en contra de su director, lograra impartirle, el semanario desapareció dejando tras sí el agrio sabor de una frustración. Sin embargo, ya había servido para que se hicieran de "un nombre", utilizando los recursos y la buena fe de la Revolución, gentes como Calvert Casey, Fausto Masó, el propio Cabrera y otros caínes por el estilo, sin otros méritos que los que ellos mismos se atribuían entre sí.

Su director, —que usó el semanario como trampolín para sí y para su familia política (en el exacto sentido de la palabra: ahí comenzó la elevación de Luis Ortición)— extrajo buen provecho de todo esto. Comenzó a preocuparse por "su obra"; sacó de la gaveta una docena de cuentos, algunos ya publicados en *Carteles*, y disparó un libro, al que le hizo una segunda edición (casi diez años después, la primera aún se empolva en nuestras librerías). Pero un sólo libro era poco. Le metió mano a todas las críticas de cine que había publicado y fabricó un nuevo y esta vez grueso volumen. Intelectualmente exhausto, sólo le quedaba para asegurarse un lugar en la inmortalidad, rescatar del olvido los pies de grabado, de disparatada tipografía con los que calzaba las fotos de las muchachas semidesnudas de "Carteles".

De "Lunes" saltó a Bélgica, donde fue agregado cultural de la Revolución. En estos trajines volvió a recoger cuanto tenía escrito —y no había recogido con anterioridad— y terminó los últimos capítulos de algo que se llama novela por no pasar trabajo en encontrarle un nombre apropiado, sus "Tres Tristes Tigres" (primera versión), premiado en un concurso en España, en tiempos en que aún se le decía escritor revolucionario, aunque ya el agregado daba a conocer a derecha e izquierda sus opiniones liberales y contrarrevolucionarias.

Esas eran las actividades de Caín, mientras su hermano Saba o Sabás se asilaba en España, aprovechando una misión que

le había asignado Cubartimpex. (Por cierto que Saba o Sabás ha tenido la virtud increíble de conquistar aureola de intelectual con una sola obra: una películita de 25 minutos, en free cinema, sobre la prostitución y el homosexualismo).

Era justo que Cuba no quisiera tener como agregado cultural a un enemigo y lo menos que se puede esperar de una persona no adicta a la Revolución es que no sea funcionario de ella. Pero Caín es Caín y hubo que quitarle, por cierto que bien delicadamente, su cargo, para impedirle hacer su política contrarrevolucionaria amparándose en la propia Revolución.

Emprendió luego el camino del exilio. Y así rodando y rodando, Guillermo se convirtió en lo que es hoy, ahora ya sin tapujos, un triste gatito del imperialismo.

"Tres Tristes Tigres" es una larga colección de cuentos, pedazos de narraciones, etc., una especie de rompecabezas con el que Caín quiere asombrar al mundo y que con la ayuda de "buenos" amigos, de algún crítico que se ha dejado sorprender y el poderoso impulso de las publicaciones de la CIA, ha logrado, al menos, cierta resonancia. Objetivamente: toda valoración de esta obra está falsificada por el amiguismo y la política. Nadie que la lea puede colocar a Caín junto a García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar, Fuentes o Carpentier ni aún Asturias. Sólo "Mundo Nuevo", por cuenta y riesgo de la CIA, puede hacer semejante ubicación. Es una novela sobre La Habana —sobre una parte de La Habana (tres cuadras de una calle: La Rampa, según confesión del autor), una Habana que ha existido, es cierto, pero no la única. Es La Habana de los borrachos, los homosexuales, los toxicómanos y las prostitutas: La Habana de Caín, en una palabra. En relación con Cuba, la novela resulta extemporánea y pedante, aunque haya intentos de captar el habla popular que sean interesantes. Las parodias de los literatos y escritores que incluye, mal hechas, falsas y sin gracia, están además, coronadas por la irreverencia injustificada y cainesca de una parodia de Martí. Sólo quien ha perdido todo concepto de amor a la Patria y a su historia podía haber hecho lo que ha hecho Cabrera con el Apóstol: el equivalente literario de lo que hicieron los marines americanos en la estatua del Parque Central.

El novelista, en su cómodo cargo de agregado cultural en Bruselas ya estaba, se manifestaba y producía en contra de la Revolución. Y no hay que acudir a esos fantásticos expedientes persecutorios que fascinan a Cabrera para demostrarlo. El mismo ofrece la mejor prueba. Caín, maestro de la doblez y la traición, mientras acudía —con desgano, es cierto— a algún acto en favor del país que decía representar, escribía los pri-

meros capítulos de "Cuerpos Divinos" una novela contrarrevolucionaria cuyo primer capítulo publica en la revista de la CIA, "Mundo Nuevo". Esta novela la inició precisamente a finales de 1962, cuando Cuba tenía sobre sí la amenaza nuclear del imperialismo yanqui. Caín buscaba en sus resentimientos de frustrado emperador de la cultura revolucionaria motivaciones para la novela, sin sensibilidad para la epopeya que el pueblo donde vino al mundo estaba viviendo.

Ahora viene ya la impugnación violenta contra la Revolución. La CIA es exigente y como paga es justo que ordene lo que quiere a quienes le sirven. Cabrera abre el frente contra Cuba en las páginas de "Primera Plana" en Buenos Aires. Sus razones contrarrevolucionarias —aparte de algunas muy originales: está contra Cuba porque en 1965, el Malecón no estaba pintado y las calles tenían restos de petróleo soviético —las restantes son bien conocidas: son las mismas razones de todo gusano. Termina su respuesta como el más burdo comentario de la Voz de los Estados Unidos de América: temiendo por su familia en Cuba. (Es por respeto precisamente a su padre que no ahondamos en otras referencias familiares que hace el impúdico novelista, igualmente calumniosas).

En Cuba, según Cabrera, no se puede escribir ni vivir. Es claro que aquí no pueden escribir los contrarrevolucionarios; las reglas del juego son conocidas. Cabrera estima que quedarse en Cuba sería convertirse en una "no persona". Sin embargo, cuando ganó el Premio Biblioteca Breve, en España, con una novela en que aún asumía en alguna forma posiciones revolucionarias, no tuvo la menor reserva en volver a tomar los originales a indicación de la censura española, y reelaborar su obra totalmente. Llegando aun más allá de lo que le pedían, le cambió hasta el título. Esto lo hizo de buen grado, ya absolutamente tramitado con el imperialismo en la fecha en que modificó su obra. Pero el más cierto motivo para abandonar Cuba no lo dice en "Primera Plana", lo confiesa al señor Rodríguez Monegal, que es hasta ahora —ya casi quemado —uno de los más connotados hombres de la CIA en la cultura latinoamericana. En entrevista con Monegal, Caín vuelve a "P.M." —la vieja y tediosa películita sobre la prostitución y el homosexualismo que hizo célebre a su hermano— y dice que cuando la Revolución rechazó esa película él —el sagaz Caín— se dio cuenta de que en realidad no se condenaba a la película, sino a lo que ella representaba. Es decir, que al barrer la Revolución con aquellos vicios y problemas que venían del pasado, Cabrera se sintió barrido. Y una Habana sin la miseria del barrio Colón o la más disfazada pero no menos miserable vida de los cabarets prostituidos de La Rampa de 1958 —tan bien descritos en su

novela— parece a Cabrera que no es La Habana. La Habana del Cordón, de la milicia, La Habana que da miles de voluntarios para la zafra en Camagüey, La Habana heroica —sí, también hay una Habana heroica— del asalto al Palacio y la huelga de Abril, no le gusta al lenguaraz escritor. Y con la protección de sus nuevos amigos, Caín, se convierte en Kein —todo está tan claro que hasta el hombre lo escribe ahora en inglés— y se empata con el cine —ahora es guionista— mientras teje nuevas historias, ya abiertamente contrarrevolucionarias.

Entre sus “justificaciones” hay muchas más, todas del mismo falso patrón de las señaladas. Resulta que en Cuba se prohíbe mencionarlo. Y hace poco más de dos meses, su pariente político Ortición, le entonó un canto de amor por radio. Dice medias verdades. Asegura que a una señora, (separada realmente de la Casa de las Américas por motivos personales) se le mandó para la agricultura por recomendar su obra, cuando dicha persona se trasladó, sencillamente, para un grupo teatral donde se siente más a gusto. A Padilla, su abogado defensor en las célebres polémicas de “El Caimán Barbudo”, lo describe como cesanteado en “Granma”, un periódico donde nunca ha trabajado. Y ya, en el último escalón de la infamia, habla de Cuba, como si los ocho millones de habitantes de este país se hubieran puesto de acuerdo en combatir su extravagante personalidad; donde hay agentes que desde dos cuadras de distancia —¡por el movimiento de los labios!— saben lo que él habla; y aún, malignamente, un simple, elemental requisito organizativo de la biblioteca circulante de la Casa de las Américas, consistente en tomar el nombre del solicitante de un libro, le parece una rebuscada maniobra policiaca.

Caín —el hombre que fue Lunes— de león pelado del arte supuestamente revolucionario se ha convertido en gato del imperialismo. Aunque se retrata como víctima del sectarismo— “del stalinismo”, dice él —a la larga nada más parecido al liberalismo de sus manifestaciones, nada más coincidente con sus puntos de vista que los que hemos oído defender a algún escritor bien atacado de microfacción. Y es que microfacción y contrarrevolución son la misma cosa. Y tal vez, Caín, a pesar de su irrelevancia, por un complejo de causas, le ha hecho un daño a nuestra cultura del que aún muchos no se han despejado. Fue este Mr. Kein el primero en abrir el cauce al individualismo, la vanidad, la superficialidad y la extravagancia en el arte. Contaminó con sus tonterías a más de un trepador que aún sigue dando guerra. Pero es útil analizar este caso y observar cómo siempre actitudes como las suyas terminan en el basurero de la contrarrevolución.